probable y el socorro tardará demasiado. Pero he aquí que de repente se levanta un héroe inspirado, un General ilustre, cuyo nombre todos conocéis, que arrebata con ademán terrible una bandera de manos del que la conduce, arenga á sus soldados, á quienes comunica la llama de su heroísmo, y hace retroceder las filas enemigas, las arrolla, las destroza (1). ¡Es el intrépido castellano que en las Navas de Tolosa pasea el pendón español por entre las hordas mahometanas, creyéndose invulnerable, porque en aquel lienzo iba simbolizada la esperanza en el Señor!

Pues bien: esa santa esperanza que hace cerca de cuatro años plantó nuestras banderas sobre las torres de una ciudad africana, es la misma que hace cerca de cuatro siglos elevó sobre las torres de la Alhambra el estandarte de la Cruz.

Fué el 2 de Enero de 1492: día el más fausto de todos los memorables días de nuestra historia; día que los anales de la Religión y de la Patria han consignado en letras de oro y colman de tiernas bendiciones. La narración del magnífico espectáculo que ofrece la entrega de la ciudad deseada, será siempre pálida para todo aquel en cuyas venas circule sangre puramente española; es decir, para el hombre que conserve intacta su fe y comprenda el verdadero patriotismo. Vale más cerrar los ojos y

(1) Alúdese en este pasaje al General Prim, en la batalla del 1.° de Enero de 1860, llamada *de los Castillejos*.

representarse aquellas escenas con todo el fuego de la fantasía, á la manera que cuando despertamos de un delicioso ensueño, nos esforzamos para dormirnos de nuevo á fin de que continúen sus ilusiones.

La imaginación y el sentimiento saben apreciar lo grande y lo bello en todo su valor. La imaginación llega hasta á figurarse el incendio del campamento de Santa Fe como los fuegos extraordinarios que arden en las vísperas de las solemnidades. La imaginación ve las cristalinas aguas del Genil purificar las ensangrentadas del Guadalete. La imaginación ve en los estandartes que ondean en la torre de la campana, y en los Reyes que doblan ante el cielo sus rodillas, y en el cántico que resuena en el espacio, una visión celestial en que aparece la enseña de la Redención, y se oyen los cantares angélicos que dicen á los poderosos de la tierra: «¡Sólo con esta señal se alcanzan las verdaderas victorias!» Y el sentimiento toca también lo más sublime de su esfera cuando se contempla á aquel Rey infortunado que viene á entregar para siempre las llaves de la ciudad que le vió nacer, á otro Rey más dichoso: cuando se ven los rostros macilentos de los cautivos que salen de sus prisiones, como naciendo á un nuevo día: cuando se oye el estampido del cañón que parece decir á la Europa y al mundo con una voz semejante á aquella que un día se escuchó en una ciudad pagana: ¡El libro del Corán ha huido ante el libro del Evangelio!

Digamos ya, Señores, la tercera palabra de esa inmortal empresa de nuestros Católicos Reyes: caridad. *Fides, spes, charitas, tria hæc.*

La Iglesia ama tiernamente al guerrero cristiano, del cual ha recibido pruebas irrecusables de amor. Ella vió honradas sus primeras páginas con los nombres de aquellos varones insignes que tan fielmente sirvieron á los Césares, sin dejar por eso de servir á su Dios. Ella recibió los homenajes de los hombres indomables del Norte que fueron, al fin, atraídos por la luz de la eterna verdad. La Iglesia ha contemplado en los guerreros de la Edad Media sus más piadosos hijos, muchos de los cuales se prosternaron con frecuencia á los piés de los Pontífices, y los reconocieron como Vicarios de Jesucristo, y les dieron pueblos que constituyeron poco á poco aquella Soberanía que consolidó el poder de los Estados; Soberanía que otros hombres que se dicen católicos pretenden hoy arrebatarles, agitados por el espíritu de la revolución y de las ambiciones. Pocos nombres, Señores, justificarán mi pensamiento: Sebastián, Clodoveo, Recaredo, Carlomagno, Fernando III, Juan de Austria, Sobieski.

El filosofismo ha hecho una objeción á la Iglesia, acusándola de favorecer las guerras y el espíritu de destrucción con la bendición de las banderas; objeción miserable que sólo puede embarazar al que desconozca la doctrina católica, ó no haya hecho una excursión por la historia. La Iglesia deplora generalmente las guerras; porque sabe que ellas son un azote de la justicia de Dios. Mas cuando se defiende un derecho legítimo, cuando se reclama el cumplimiento de un tratado justo, la Iglesia no puede descargar sobre esas guerras el peso de su reprobación. Ha hecho ya cuanto ha podido hacer, mucho más de lo que hasta ella se había hecho. Ha humanizado los instintos del guerrero; ha dado á los pueblos un derecho de gentes de que se tenían muy imperfectas nociones; ha descargado sus anatemas sobre aquel que no alarga una mano generosa al vencido que se rinde, sacando á las guerras de aquella espantosa condición que inspiró estas palabras á un poeta: «En la guerra no existe la clemencia, y allí la diestra impetuosa sacrifica sin piedad» (1). La Iglesia, en fin, aparece más henchida de júbilo cuando entona un Te Deum por la paz, que cuando lo canta para celebrar una victoria.

Todo esto, Señores, es de la más pura caridad: el amor de Dios reflejando siempre el amor al pró-

---

(1) Nulla est ardenti miserans clementia bello;
Impetuosa pium dextera nescit opus.
Faust. Andrelinus, in Distichis.

jimo. Y esta suavísima doctrina que se va manifestando de la manera más completa en todo el camino de la restauración de España, resalta con muy vivos colores en la conquista de Granada, porque impulsados sus héroes por la gloria de Dios y por el amor á Jesucristo, sus nobles corazones no podían dar cabida ni á los rencores ni á las venganzas.

La primera de las hazañas que se ejecutaron en aquella larga serie de diez años, es un bellísimo rasgo de caridad que interesa á todas las almas delicadas y sensibles, y la acción magnánima del Duque de Medina-Sidonia llevando sus tropas sobre Alhama para socorrer á su enemigo y rival, el célebre Marqués de Cádiz, es un ejemplo fecundo que debe recomendarse mucho á los hombres de nuestras sociedades.

Pero observad, Señores, la conducta de los reyes. Fernando, avaro siempre de la sangre de sus guerreros, á los que ama como á hijos: Fernando, vertiendo lágrimas de dolor por la temprana muerte del valiente D. Juan de Lara en los jardines de Baza: Fernando recomendando siempre el uso moderado de la victoria, y asociándose, además, en todas ocasiones á los prudentes consejos y á las piadosas obras de su virtuosa consorte, Isabel..... ¡oh! la caridad de Isabel es un arroyo purísimo que baña mansamente las márgenes de toda su preciosa existencia; pero con especialidad esa rica epopeya de sus glorias. Isabel borda por su mano los

ornamentos de muchos templos, arrojando la semilla de la caridad en los corazones que la admiran. Isabel se desprende gustosa de todas sus alhajas para sostener sus ejércitos. Isabel defiende contra injustas censuras y da dulces consuelos al famoso Conde de Cabra por una expedición desgraciada. Isabel se conmueve hondamente en Moclín á vista de los cautivos y de los prisioneros, á quienes cuida cariñosamente. Isabel propone ventajosas capitulaciones á Málaga por compasión á sus habitantes. Isabel da aquellas pruebas de generosidad que hacen cristiano al noble Príncipe Cidi Yahía, y que, impresionando fuertemente á Abdallá, el temible Zagal, pone en sus manos la posesión de un Reino.

Pero no es esto todo, Señores: cuando esa mujer extraordinaria revela toda la caridad de su alma, es después que los moradores de Granada se cuentan en el número de sus súbditos. La ciudad mora, sumida en los errores del Profeta es un campo cubierto con las nieves y con los hielos del invierno: Isabel será el sol de un claro día que derretirá suavemente esa nieve para fecundizar la tierra. Ella comprende perfectamente el verdadero espíritu del Catolicismo, tan intolerante para con el error, como tolerante y benigno con los individuos. Por eso escoge para el gobierno de Granada dos hombres eminentes, cuyos sentimientos le son bien conocidos; el ilustre Conde de Tendilla, tan bravo en las lides como discreto y humano

en los consejos, y el Obispo Fr. Hernando de Talavera, Prelado ejemplar, tan humilde y virtuoso, que parece como que va por todas partes repartiendo pedazos de su propio corazón, realizando numerosas conversiones con la persuasión de su palabra y con el ejemplo de su santidad. ¿Qué no podía esperarse, Señores, de aquella mujer privilegiada que había de morir encargando la caridad y la dulzura para con los indios?

Ved ahora por qué la memoria de esos Reyes ha sido bendita por todas las generaciones; por qué la empresa á que dan cumplida cima no ha inspirado sinó elogios á todos los hombres verdaderamente sabios. La Iglesia, á cuyo reino místico añaden tantas nuevas conquistas, les llama con un dictado altamente glorioso, y coloca, reconocida, sus nombres en sus antífonas sagradas. La historia, cuyas páginas enriquecen con sus grandes figuras, les presenta los más honrosos homenajes, y los enseña como el más bello modelo á esos otros conquistadores guiados únicamente por el orgullo, por la ambición y el egoísmo. La España, á la que han llevado hasta el apogeo de sus grandezas y colocado al frente de las más poderosas naciones, ama dulcísimamente su recuerdo. Granada, la ciudad de los ensueños de su vida, favorecida de su amor y sus liberalidades, no puede pronunciar sin indecible entusiasmo y sin emoción profunda sus nombres venerandos; y hasta estas majestuosas bóvedas por donde vagan, acaso, en

este instante los espíritus de aquellos esclarecidos Monarcas, acompañados con el del Gran Cardenal González de Mendoza, diríase que repiten el eco de nuestras alegrías y nuestras bendiciones. Era justo, católicos. Ellos habían comenzado un camino largo y peligroso en alas de su fe, siguiéndolo animosos entre consoladoras esperanzas, y llevándolo á feliz término con los encantos de la caridad. *Fides, spes, charitas, tria hæc.*

Excmos. Señores: ¡cuánto bien hace á un corazón cristiano meditar sobre el cuadro arrebatador que ofrecen estos solemnes cultos! Esa estrecha alianza de las dos sublimes potestades de la tierra; esa santa concordia del Sacerdocio y del Imperio, son hoy, con más razón que nunca, el ejemplo que edifica, la ofrenda que consuela, el porvenir que sonríe, el rocío benéfico que puede salvar algunas plantas enfermizas de las sociedades contemporáneas. El auxilio de la Religión es indispensable para salvar el trono y las instituciones: el auxilio del brazo secular es útil para conservar la pureza del dogma y para moralizar las costumbres. Sentimos silbar con furia horrible sobre nuestras cabezas el viento de las revoluciones; mas, por fortuna, nuestra patria cuenta con un medio poderoso para su salvación y su dicha. Este medio, Señores, es la unidad religiosa que nos legaron con la unidad política Isabel y Fernando.

Esa unidad de culto es en todo tiempo un elemento inapreciable de seguridad y de vida, pero

muy principalmente en las épocas de los grandes trastornos políticos y de las usurpaciones detestables. Ella ha tenido á la España alejada del flujo y reflujo de las terribles pasiones que, desde hace tres siglos, vienen agitando á la Europa. Ella sola, quizá, es la que ha conservado el solio de San Fernando á otra Isabel, como la Primera, católica, y como ella vencedora, y como ella caritativa; reinado venturoso que, como entonces y mejor que entonces, yo considero para los españoles como un muro salvador que les está libertando de las frecuentes avenidas de un río desbordado. Y á ese medio, Excmos. Señores, (sí, me complazco en confesarlo), vosotros unís vuestros nobles esfuerzos y vuestra loable perseverancia, y yo me encuentro autorizado en este instante para daros las gracias en nombre de la Religión y de la Patria.

Católicos, no há mucho tiempo oyóse entre nosotros una noticia que aterraba. Decíase que en Granada había gentes que abjuraban la religión de sus padres, y amenazaban la sociedad con sus teorías funestas y perturbadoras. ¡Ojalá que el error haya pasado sobre esos alucinados espíritus como pasan las tempestades del mar cuando invaden las pintorescas playas, que, al retirarse las olas, han dejado más lavadas y limpias las arenas! Pero si aún restase algún desdichado que quisiera poner esa mancha sobre el libro de nuestras tradiciones gloriosas, huya pronto á otro suelo, porque en el suelo de Granada se levantarían por todas

partes sombras augustas que le lanzarían desde sus tumbas gritos de indignación y de anatema.

Y si nó, Señores, vosotros que habéis asistido á esta solemnidad con el más piadoso recogimiento, murmurando religiosamente vuestras oraciones; vosotros que habéis oído con ardoroso entusiasmo la narración de nuestras glorias y las hazañas de nuestros héroes, demostrando con esa doble manifestación que, á través de las expresivas ceremonias de este día, solamente distinguís dos reinos, el reino de Jesucristo y el reino de vuestros legítimos Soberanos; vosotros, repito, decid á esos hombres si los encontráis á vuestro paso: ¡Insensatos! Sacudid vuestros delirios. Nada hay tan hermoso como la fe cristiana que guía la inteligencia, como la esperanza que consuela el corazón, como la caridad que reparte sus dulzuras á manera de flores. Nada tan embelesador como la Acción de Gracias que se eleva al Eterno por los inmensos beneficios que derrama sobre el hombre, y que sube hasta su trono como las espirales de humo del incienso que se quema en el templo. Nada, en fin, tan honroso y tan bello como la fidelidad á nuestros Reyes, que tanto confían en la lealtad y en la hidalguía de sus amados súbditos. Esa es, terminaréis diciéndoles, ésa es la única senda que conduce en este mundo á la paz de la conciencia, y por donde se llega después hasta las mansiones de la eternidad. Amén.